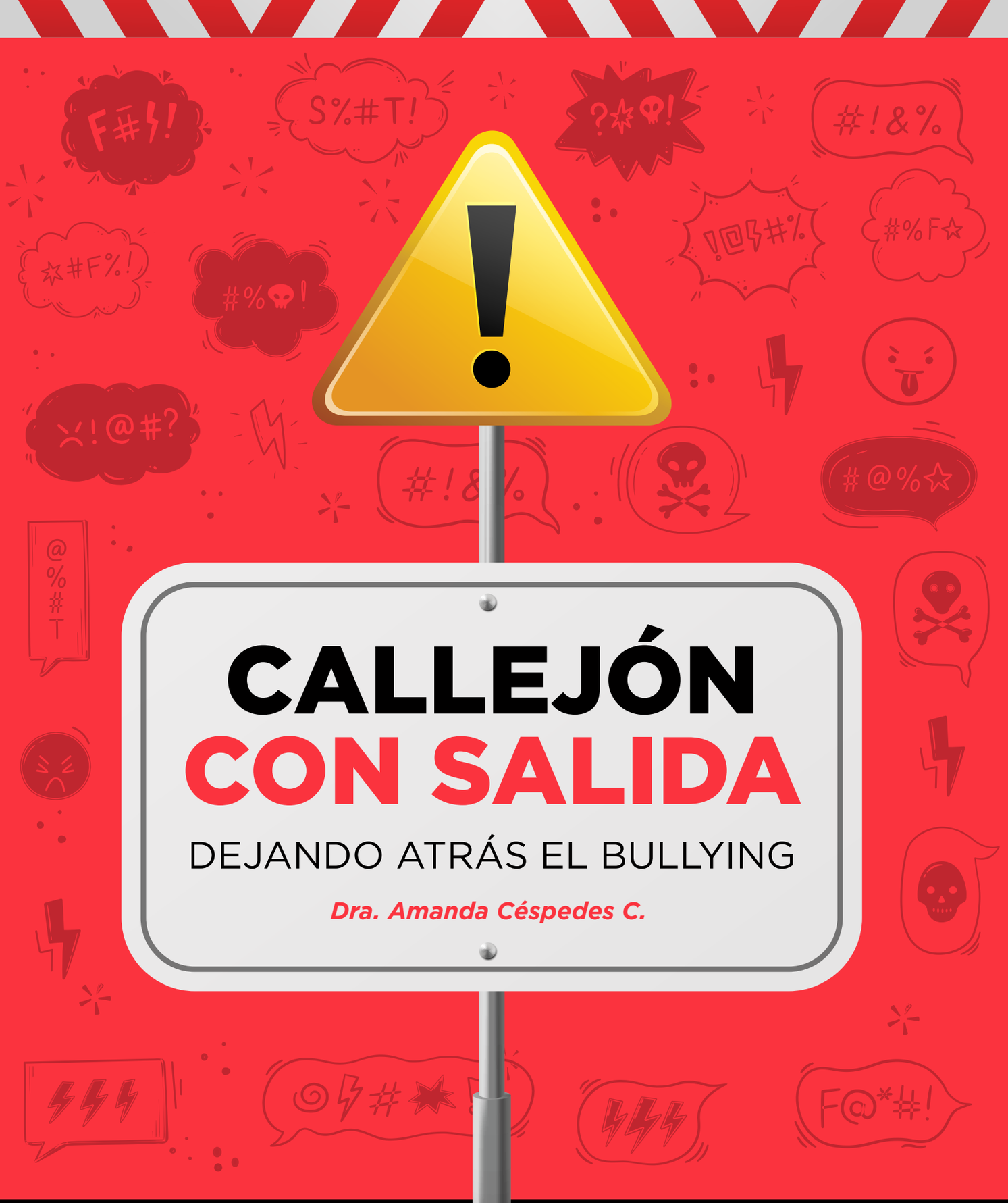

CALLEJÓN CON SALIDA

DEJANDO ATRÁS EL BULLYING

Dra. Amanda Céspedes C.

¿Qué es un callejón?

Es una calle estrecha con la misma entrada que salida; un atolladero, un atasco, un bloqueo. Se dice que no tiene salida porque se llega a un punto que no permite seguir avanzando. Callejón sin salida es una metáfora que alude a una situación de conflicto en la cual no se vislumbra solución. Estar en un callejón sin salida es una perspectiva que paraliza, pero se puede tomar otra perspectiva, vislumbrar una solución y buscarla activamente. El acoso entre pares en la escuela es vivido por las víctimas como un conflicto sin solución, pero en este tríptico queremos mostrar que ese callejón puede tener una salida si intervienen adultos confiables y sensibles al dolor de un niño.

Fundación Educacional Amanda - *Registro Propiedad Intelectual Inscripción: 2023-A-231*

¿ Qué significa bullying?

El bullying es un concepto que se aplica en el ámbito escolar, porque allí es donde ocurre con mayor frecuencia y severidad. Se habla de bullying cuando un estudiante es maltratado, victimizado y denigrado de forma repetida y durante un tiempo prolongado, tanto a nivel psicológico como físico, y es incapaz de defenderse. En 1998 el profesor Dan Olweus, un psicólogo sueco noruego contemporáneo, publicó su libro "Conductas de acoso y amenazas entre escolares", abriendo tribuna mundial a un problema de violencia social que ha ido creciendo exponencialmente en pocos años.

¿Por qué es importante identificar esta práctica y prevenirla?

Porque causa profundos daños psicológicos en las víctimas de bullying y porque es una práctica que ha ido en constante aumento en todo el mundo, anunciando una grave falla en la sociedad que es preciso evitar.

Si es un fenómeno que ocurre al interior de las escuelas ¿No es el sistema educativo el llamado a actuar preventivamente? ¿No es responsabilidad de las escuelas la formación valórica de los estudiantes?

No. La única forma de disminuir un fenómeno social que va en aumento es la unión de todos los adultos responsables de la formación valórica de los niños y adolescentes; vale decir, unir los esfuerzos de las familias, de los equipos directivos y docentes de las escuelas y de toda la comunidad. Es preciso tener presente que la escuela es el escenario de esta forma de violencia, pero ella se da también en los campamentos de scouts, en los grupos de barrio, en los hogares en la relación entre hermanos y a través de la red, lo cual no exime de responsabilidad a la escuela, pero sí deja en claro que ella no ha creado el problema. Tan solo la permite, legitima o favorece en algunos casos. Por otra parte, la vida de los niños transcurre mayoritariamente en la escuela. La escuela es el lugar donde se aprende a vivir y a convivir: le sigue en importancia a la casa y precede al barrio, la calle, que es también una importante escuela para la vida. En los tres escenarios el niño aprende a relacionarse con pares y con adultos en una interacción cotidiana e intensa; con sus pares descubre el poder de los vínculos, de los intrincados códigos relacionales, junto a ellos vive la embriaguez de la popularidad; sin ellos, la tristeza del aislamiento y la soledad. La palabra "amigo", que para algunos significa "custodio del alma": anima= alma, custos= custodiar), cobra una inusitada fuerza a partir de los siete años, preparando al niño para la emergencia de los potentes vínculos del adolescente con otros coetáneos. Los pares nutren su autoestima, son el espejo cotidiano donde puede mirarse y el cual le devuelve, a menudo aumentada, una imagen dinámica y cambiante que el niño debe ir ajustando para poder adaptarse. Tener muchos amigos es tener redes, es consuelo cuando el ambiente del hogar es ingrato, es antídoto contra el tedio y es excitación ante lo nuevo. Tener muchos amigos es poder jugar, desarrollar destrezas físicas, descubrir que se es listo, o carismático, o líder. Tener amigos cercanos facilita recibir aprobación y compañía, y enseña el arte de la tolerancia, de la compasión, del altruismo, de la bondad, incluso del heroísmo. La amistad más sólida suele darse entre compañeros de escuela, forzados a convivir largas horas del día por dos tercios del año. No es infrecuente que estos lazos perduren por décadas, dando origen a redes afectivas extraordinariamente potentes y nutricias. Tener amigos en la escuela fortalece emocionalmente porque vincula.

Actualmente es habitual escuchar comentarios como "mi hermano me hace bullying en la mesa" "mi profesora me hace bullying cuando no me presta atención" ¿son correctos estos comentarios?

No. Para hablar de bullying se debe especificar que es un tipo de violencia psicológica o física ejercida entre iguales, la que es reiterada en el tiempo y se ejerce al interior de la escuela en ausencia de un mediador que logre detener la acción de vulneración. Actualmente este tipo de violencia ha traspasado las fronteras físicas de la escuela ingresando al mundo virtual a través de las redes sociales, lo cual se denomina cyberbullying.

¿Cuáles conductas pueden ser consideradas bullying?

A nivel psicológico: burlas constantes; humillaciones; insultos; calumnias; aislar a la víctima del grupo y denigrarla sistemáticamente buscando debilitar su autoestima. La forma más reciente de victimización es la llamada cyberbullying, realizada a menudo de modo anónimo por niños y niñas, especialmente mayores de diez años, a través de internet, empleando para ello amenazas y vejaciones a través de las redes sociales.

A nivel físico: empujones, golpes, zancadillas.

En el bullying siempre hay una víctima y un victimario?

No. Por lo general quienes ejercen bullying lo hacen grupalmente; al interior del grupo están los victimarios activos y quienes van con ellos para aplaudirles, animarles a exacerbar su crueldad, felicitarles.

¿Cuál es el perfil de los victimarios?

Es muy diverso, pero se pueden identificar algunos rasgos comunes, como baja empatía, necesidad de sobresalir del grupo a través de ejercer dominio, valoración de la violencia como modo de dominar y deseo de obtener beneficios directos de parte de la víctima, como exigirle dinero a través de extorsión.

¿Cuál es el perfil de las víctimas?

Es muy diverso, pero se pueden identificar rasgos comunes, como un bajo repertorio de habilidades sociales, a veces unido a un desempeño académico sobresaliente (los llamados “nerds”); diferencias físicas (niños y niñas poco agraciadas físicamente, con alguna discapacidad visible), diferencias étnicas, etc.

¿Por qué se considera tan dañino al bullying? Peleas, conflictos y rivalidades han existido siempre entre compañeros de curso, y desde siempre se ha sabido que los alumnos de grados superiores tienden a humillar a los de cursos inferiores y no solo entre varones. Las niñas también son bastante crueles en ocasiones. Todos los años hay peticiones de cambio de curso por sentirse socialmente excluidos, incluso cambios de escuela. Es la Ley de la Selva, inevitable. ¿No será el bullying un invento de los psicólogos?

La práctica del bullying es una realidad social y debe ser detenida a tiempo. La gravedad de esta práctica radica en que, por ser sostenida en el tiempo, va debilitando el bienestar interno de las víctimas, socavando su salud integral, no solo mental. Se va socavando la autoestima, la alegría de vivir, la confianza en sí mismo y en los demás; va creciendo un sentimiento de soledad, de desamparo y de exclusión que puede conducir a la depresión y a la ideación o acción suicida. Y aparecen síntomas de malestar físico, corporal, hormonal, inmunitario, como cefaleas, dolor abdominal constante, empeoramiento de las alergias, alteraciones de la glándula tiroides, de los ovarios; activación de una leucemia o un cáncer latentes, etc.

¿Por qué ocurre que algunos niños y niñas eligen hacer daño a otros niños y parecen no sentir remordimientos?

Habitualmente se mira al victimario o “bullie” como un niño en cuyo interior anida la maldad y la carencia de humanidad. Es preciso quitar de los niños victimarios el estigma de la perversidad intrínseca y de la fría arrogancia para trasladar la mirada a los factores del ambiente que contribuyen a troquelar un alma victimaria. El eje alrededor del cual se esculpe en un niño el deseo de dañar es la carencia o el despojo del amor que tenía derecho a recibir y conservar. Desde esta perspectiva, el niño perpetrador de hostigamiento no posee en su interior el germen de la maldad, sino una herida profunda a su confianza básica, que arruina parcial o completamente su capacidad de empatía, de compasión y de afecto; este niño no es, como habitualmente se piensa, orgulloso y arrogante, sino que muy íntimamente se sabe débil y sin verdaderas cualidades, de modo que se aferra a la única fuerza que puede permitirle sobrevivir: el dominio sobre los otros. Desde el dominio puede erguirse como ave fénix sobre las cenizas de su maltrecho ego, transformarse en un ganador y triunfar así sobre los débiles, los perdedores, los que él o ella ve como “loosers”, dignos solo de desprecio.

¿Tan grave es escamotear en los niños pequeños su derecho a ser amados, respetados y protegidos?

Los seres humanos somos como las plantas que dan flores: venimos al mundo a florecer, a expresar todo nuestro potencial de vida a través de las interacciones con otros; a través de estas interacciones crecemos y ayudamos a crecer a los otros. Por ejemplo, cuando un niño nace y es el primer hijo, recibe mucho amor y crece intelectual, social y emocionalmente a través de esos cuidados amorosos, pero también sus padres experimentan un fortalecimiento de sus habilidades relacionales: aprenden a cuidar, a ser sensibles a las necesidades del hijo, a renunciar a los goces de sus vidas cuando no eran padres (las renuncias fortalecen). Para poder establecer interacciones nutritivas con los demás debemos aprender a confiar; esto significa tener certeza respecto a la bondad de los que nos rodean. Somos como las plantas: si una plantita recibe agua, luz, cuidados amorosos, florece y embellece su entorno. Esa plantita aprende a confiar en el sol, en el agua y en los humanos que la cuidan. La confianza en la bondad de los otros que crece en el corazón de un niño desde que nace debe ser adecuadamente protegida a lo largo de todo su crecimiento, y ello se hace a través del trato respetuoso de los adultos, de proteger su autoestima, de valorar su empeño y su esfuerzo por lograr metas, de saber estar presentes en situaciones de estrés. Lo más dañino para la salud mental de un niño es que viva situaciones tempranas y reiteradas de desamparo, de humillación, de desvalorización, tanto como protagonista como testigo de esas vulneraciones, en especial si la persona vulnerada es un ser querido, como ocurre en la violencia intrafamiliar.

¿Cuál es el principal efecto de las vivencias de desamparo en el desarrollo psicológico de un niño pequeño?

Las vivencias tempranas y reiteradas de desamparo siembran en el interior de un niño el recelo, la hostilidad (enojo hacia la mera presencia de otros, especialmente pares) y la desconfianza hacia los otros seres humanos, atrofian la capacidad de empatía y en casos extremos el recelo, la desconfianza y la carencia de empatía permiten que florezca la crueldad y se produce un fenómeno psicológico muy serio: el niño comienza a experimentar una progresiva desvalorización de los otros que va de la mano con una exagerada valorización de sí mismo, hasta el punto de creer que sólo él o ella tienen valor como personas, que tienen todos los derechos y pueden estar por encima de los demás. Así nace un “bullie”, un acosador, maltratador de iguales, que puede ser un varón o una niña. Los varones emplean con mayor frecuencia la violencia física, mientras que las niñas recurren a la exclusión social de la víctima y a la humillación (burlas referidas a la apariencia física, al origen social o étnico, etc.).

Aquellos niños privados tempranamente de amor perciben en lo distinto una amenaza, porque ser diferente es poseer características ajenas a su capacidad de comprensión y existe una probabilidad inquietante: que el que es diferente posea atributos que puedan dañarlo o porque en ese ser distinto intuye otro tipo de fuerza, otro modo de poder que no entiende y que por lo tanto debe sojuzgar, someter, aplastar. Se cierne sobre el victimario el poder inasible de la simpatía, de la bondad, de la naturaleza afable e inocente, del amor por el saber, del tesón, del empeño, de la belleza física, del candoroso ignorar la propia discapacidad o el propio estigma o las carencias de perfección física o de intelecto. Pero, por encima de todo, se cierne sobre el perpetrador la amenaza constante e intolerable de una certeza: los demás, los distintos a él o a ella, tienen amor. Son dignos de amor y lo tienen. Y en su inconsciente, donde se agazapan certezas dolorosas aunque no las vea, tener amor es una ofensa intolerable.

¿Haber sido privado tempranamente de amor, cuidados y protección es la única causa que provoca una personalidad de victimario?

No. Esta es quizá una causa extrema, pero que ha ido aumentando en los últimos años. Pero hay otras causas, en la mayoría de ellas hay una responsabilidad directa de los adultos. He aquí algunas de ellas:

Un padre o cuidador varón que ejerce en casa una autoridad vertical sustentada en el amedrentamiento, la humillación y el sometimiento de los más débiles (niños, mujeres). Los hijos varones toman este comportamiento como un modelo. Al interior del hogar se someten a ese autoritarismo, pero en la escuela adoptan el rol de autoridad jerárquica, humillando, amedrentando y sometiendo a quienes consideran más débiles.

En casa se manifiesta abierta admiración por aquellas personalidades consideradas “duras” o “fuertes”, que exhiben un poder sustentado en el dominio y que se posicionan en la parte alta del poder social, colocando a la “debilidad” como un defecto de la personalidad. La bondad, la generosidad, la empatía, el altruismo, son considerados signos de debilidad. Los niños, tanto varones como niñas, participan de esta admiración y buscan posicionarse socialmente a través del amedrentamiento y la humillación de quienes consideran débiles. Los hermanos mayores, varones y niñas, suelen ejercer autoritarismo vertical sobre sus hermanos menores, amedrentándolos, humillándolos o descalificándolos bajo la mirada pasiva de los padres. Los hermanos mayores que han crecido enojados con el mundo adulto, resentidos y/o frustrados, buscan en el hermano menor considerado “débil” un “chivo expiatorio” sobre el cual descargar su resentimiento.

En las últimas décadas ha ocurrido un incremento de dibujos animados cuyos personajes son abiertamente “bullies” (victimarios) y generan admiración y deseos de emulación en niños con escasa capacidad reflexiva. Este fenómeno va de la mano con la banalización del dolor, del sufrimiento y de la muerte. Lo mismo ocurre en ciertos videojuegos que ejercen fascinación en adolescentes, en los cuales el superhéroe suele ser un varón joven (o una muchacha) con gran atractivo físico, experto en artes marciales, que lleva consigo muchas armas, que conduce vehículos de alta gama y de personalidad “dura”, capaz de hacer daño o matar sin remordimientos.

El mundo adulto es indiscutiblemente discriminador. Nadie puede aseverar que está libre de este rasgo tan entronizado en nuestra idiosincrasia; en consecuencia, somos modelos para los niños, quienes aprenden de padres, abuelos, hermanos mayores, maestros, pero muy especialmente de los medios de comunicación, el sutil arte de la desvalorización del otro. Los chistes sobre tartamudos, lisiados, discapacitados intelectuales o mentales, etc., son los preferidos del público, y no es raro que toda la familia celebre la creatividad de los humoristas a vista y paciencia de los más pequeños, que luego emularán al creativo cómico en el patio del colegio.

¿ Y la personalidad de la víctima? ¿Hay factores comunes?

Vamos a destacar las características más frecuentes de observar en niños que sufren bullying en las escuelas:

Niños que son aislados socialmente porque poseen atributos que generan rechazo o indiferencia. En este grupo están aquellos niños que tienen estigmas físicos (por ejemplo, fisura labial, llamada popularmente “labio leporino”); discapacidades motoras o sensoriales; que son hijos adoptados; que pertenecen a etnias tradicionalmente estigmatizadas en Chile; que son socialmente muy inmaduros, de modo que su repertorio de habilidades sociales no calza con el repertorio necesario para ajustarse a un grupo; niños sobreprotegidos en sus casas.

En las últimas cuatro décadas ha ocurrido una progresiva estratificación social, la que inevitablemente ha provocado que las familias miren bajo sospecha, con desdén e incluso con desprecio a otras familias “socialmente diferentes”, especialmente si se ven presionadas a tenerles cerca. Este fenómeno social se ve favorecido por factores como el consumismo, la necesidad de status social, la ideología política, etc. Los niveles en los cuales la diferencia puede costar caro son múltiples y aditivos: desde los rasgos físicos, estatura, peso corporal, calidad y color del cabello, pasando por la marca de la ropa y calzado; los útiles escolares, juguetes y elementos tecnológicos; la casa, los lugares de veraneo, la cota geográfica que marca los límites de su barrio; las amistades y vínculos sociales, el colegio, el dinero que ganan los padres, el número de automóviles de la familia y su potencia, marca y valor comercial, hasta los apellidos y el origen étnico. A estos niveles

macro es preciso agregar atributos secundarios pero igualmente importantes como la esbeltez, ausencia de anteojos ópticos o de algún defecto facial o corporal, el éxito académico, social, deportivo, etc. Siendo tan extensa esta lista, es fácil imaginar la magnitud del esfuerzo que deben realizar los niños –y sus familias- que no califican en alguna de las condiciones, para lograr ser socialmente aceptados. La mayoría de estas exigencias sociales expone a quien carece de ellas a ser abiertamente fastidiado por los pares o a percibir la tácita reprobación o rechazo de quienes dicen ser sus amigos, y solo al sumarse a factores de personalidad pueden constituir motivo de verdadero hostigamiento.

El niño solitario por rechazo o por indiferencia se siente íntimamente necio en lo social, incapaz de crear vínculos. El niño solitario carece de redes, y si el ambiente de su hogar es ingrato, la carencia de amigos le deja en la más absoluta incomunicación. Este niño anhela ser aceptado, pero percibe que cada intento acaba en fracaso y en hostigamiento; algunos se repliegan y se refugian en su soledad, mientras que otros insisten en ser incorporados a un grupo, fracasando porque es tal su ansiedad de ser aceptados que se precipitan, se desatinan y/o su repertorio de habilidades sociales es muy precario.

Niños que se aíslan voluntariamente del grupo porque no comprenden los códigos sociales grupales, porque tienen intereses diferentes a los de sus pares o porque se sienten socialmente diferentes al grupo mayoritario. Aquellos niños que no comprenden los códigos sociales y las fórmulas interaccionales predominantes se aíslan voluntariamente, transformándose en “exiliado relacionales” que se refugian en la soledad y el aislamiento voluntario, tal como un extranjero en un país del cual apenas conoce la lengua se aísla para no enloquecer, inmerso en la incomunicación como si estuviese encerrado en una burbuja de cristal. Estos chicos no perciben el precio de su soledad sobre su desarrollo y la eligen voluntariamente, como un mecanismo de supervivencia.

Tres características centrales permiten identificar a este solitario por opción:

1. Dificultad real y severa para comunicarse relacionalmente con los pares, sustentada en sutiles disturbios de la comunicación no verbal (manejo comprensivo y expresivo de códigos gestuales, de calificadores vocales, de miradas, de turnos de habla); una importante dificultad o incapacidad para leer los mensajes no verbales con contenido emocional, una insuficiente capacidad para adecuarse al contexto, mostrándose desatinado, y un excéntrico amaneramiento lingüístico que lo expone a burlas, especialmente en medios donde el idioma ha sido reemplazado por formas dialectales de la subcultura urbana o el buen hablar se considera un signo de esnobismo.

2. Una personalidad sui generis, caracterizada por la rigidez que tiñe toda su conducta, llevándolo a carecer de flexibilidad y apertura, y una ansiedad desbordante que toma forma de ansiedad obsesiva y fóbica, siendo la fobia social la traba mayor a la hora de crear vínculos con pares.

3. Intereses particulares, sui generis y excéntricos, que aborda de modo no solo obsesivo, sino egocéntrico; una natural incapacidad para evaluar los efectos que provoca en los pares su erudición, debido a sus dificultades para mentalizar, y una fantasía desbordante e invasora que se niega a dar paso a la realidad, tiñéndola de modo perturbador.

Estos niños, en su mayoría varones, pertenecen al grupo denominado TEA: Trastorno del Espectro Autístico. La escuela les impone un formidable desafío desde el primer día: hay que vincularse. A poco andar, este chico elegirá la condición de solitario, porque no logra comprender los sutiles, veloces, dinámicos códigos relacionales que rigen la conducta social; si es varón, huirá de los juegos que interpreta como violentos o cuyas reglas no comprende, como el fútbol, actividad que cohesiona a los chicos de un modo muy potente. Si es una niña, su fantasía desbordante, centrada obsesivamente en unos pocos temas, por lo general relacionados con el mundo animal o la animación japonesa, la llevará a establecer a su alrededor una especie de cerco invisible, en cuyo interior se instala hablando consigo misma en voz alta, conducta que la aislará progresivamente. Si este niño o niña permanece año tras año en su escuela y con sus pares (actualmente es común que cada cierto número de años los cursos sean mezclados), el grupo se habituará a tener entre sus integrantes una especie de extraterrestre solitario y excéntrico, y no solo le aceptará, sino que le protegerá de la victimización de chicos de otros cursos, ávidos de ejercer poder. Esta protección es espontánea, sustentada en el cariño, a veces en la admiración frente a un chico que domina conocimientos sui generis o simplemente solidaridad, pero es frágil, y puede dar paso a la victimización, especialmente si ese niño o niña posee características peculiares que propician la victimización, como ser son quisquillosos, autorreferentes, protestan a viva voz por lo que consideran burlas u hostigamiento, adoptando un rol de víctima de todo el curso, a quien ven como un odioso enemigo. La tragedia estriba en que inicialmente las conductas que ellos leen en clave hostigamiento no son tales: son conductas neutrales e incluso abiertamente amistosas, pero que no logran decodificar, interpretándolas como amenazantes. Sus reacciones suelen ser intensas, desaforadas, emocionalmente desbordantes, generando en los compañeros desconcierto, irritación y finalmente encono al sentirlas injustas y desproporcionadas. Es el momento en que se instalará el hostigamiento real, a menudo conducido por quienes suelen ser sensibles a las acciones que consideran inmerecidas. Surge de este modo un penoso círculo de hostigamiento doble: el niño TEA radicaliza su postura de denuncia de burlas y vejaciones, haciéndose merecedor de más burlas y más vejaciones. El drama suele acabar con el cambio de escuela, medida que no hará sino comenzar a escribir el segundo capítulo de una victimización que ya no se detendrá. El niño TEA ha construido en su imaginario un mundo de pares agresores y despiadados, de modo que tenderá a ver en cada chico un enemigo, empeorará su ansiedad y reaccionará defendiéndose a través de la desmedida, ruidosa y destemplada protesta ante los profesores. El resultado es predecible. La victimización reiterada sobre un niño TEA -de por sí ansioso y rígido- que no es detectada y por lo

tanto ese niño está solo, sin protección, inerme ante el ataque directo o relacional, puede precipitar una depresión por estrés, la cual se va a manifestar por cualquiera de las cuatro avenidas del organismo que conocemos: quiebre mental, malestares corporales, disturbios hormonales o inmunitarios. Será responsabilidad de los adultos que acompañan a ese niño en su vida familiar y escolar reconocer las señales de estrés crónico, leerlas adecuadamente y ofrecer rápido apoyo y protección.

Si algunos niños TEA suele sentir que el mundo de los pares está contra él sin entender las razones, hay otro tipo de niño que cree lo mismo, pero se adjudica a sí mismo toda la culpa. Es el niño de personalidad pesimista. Los chicos pesimistas se aferran a las aristas negativas de una situación, negándose a ver los suaves contornos que la tornan favorable; presuponen que las cosas no van a andar, se sienten sin recursos para enfrentar la situación, tendiendo a paralizarse.

Prácticamente la vida misma es una potencial amenaza, porque íntimamente no creen en ellos, en su potencial. Sienten que la vida escapa a su control, se aíslan, se paralizan o retroceden cuando perciben que el desafío los supera; son indecisos y en situaciones de estrés suelen tener pensamientos y acciones autodestructivas.

Pero no solo los pesimistas son proclives a la victimización. Existen niños que poseen características de personalidad que actúan como potentes tarjetas de invitación al hostigamiento: introvertidos, tímidos, recelosos, autorreferentes, inseguros, temerosos del conflicto, llamados “sensitivos” o PAS (personalidad altamente sensible), o bien conciliadores, pacíficos, dulces, compasivos, bondadosos, espirituales, amantes de los animales, que privilegian la reflexión por sobre la acción impulsiva pero emocionalmente muy frágiles, con tendencia a la melancolía, a la mirada pesimista sobre la pretendida bondad e inteligencia de la naturaleza humana y proclives a la depresión. Son llamados “niños cristal”. Unos y otros hermanados por la misma vulnerabilidad. No obstante, no todos los niños introvertidos y pesimistas o bondadosos y conciliadores sufren hostigamiento; son aquellos que frente a un conflicto se paralizan, incapaces de encontrar una salida; aterrados, muestran abiertamente su debilidad y recurren a las estrategias más inadecuadas e ineficaces: algunos lloran y piden protección al maestro, dejando al desnudo su terror; otros lloran pero callan, tragándose el miedo y refugiándose en un aislamiento que poco a poco les va minando. Los chicos que favorecen el hostigamiento agregan a su personalidad introvertida y carencia de un repertorio de destrezas de afrontamiento una tendencia a rumiar obsesivamente su infortunio y a sentirlo el justo castigo a su debilidad e incapacidad para defenderse. Se debaten en una autoevaluación peyorativa y de desvalorización constante (“soy un estúpido, me lo merezco”, “soy gorda y fea, merezco que me humillen” “tenía que ser yo el tonto a quien no se le ocurre nada para dejarlos callados”), construyendo así en su imaginario la representación mental del perdedor (“looser”) y quedando atrapados en un círculo vicioso de pesimismo y desesperanza. Su rigidez les impide buscar alternativas de solución y se focalizan en la cara negativa de las situaciones. Se instala de este modo con relativa rapidez una progresiva internalización de síntomas depresivos, que culmina en el aislamiento, agravando de modo a veces definitivo la precaria capacidad de socialización y eliminando toda posibilidad de vivir experiencias gratificantes que contrarresten sus interpretaciones fatalistas y de establecer redes protectoras. La mirada pesimista conduce a percibir de manera amplificada las situaciones generadoras de estrés, respondiendo con ansiedad anticipatoria, pero la mirada depresiva da un paso más allá, interpretando las experiencias neutras como amenazantes y atribuyéndose finalmente las acciones de victimización como resultantes de sus propias falencias y, en consecuencia, como merecidas.

El niño migrante y el niño adoptado. La selección espontánea que ocurre socialmente en la elección del colegio suele reducir considerablemente las situaciones de hostigamiento por clase social y/o etnia en Chile; pero no son infrecuentes las conductas de acoso y victimización a niños adoptados, especialmente si presentan rasgos físicos que les impiden calificar como socialmente competentes. Por otra parte, desde hace ya varias décadas que Chile ha comenzado a recibir una creciente inmigración. La mayoría de las familias que vienen a nuestro país en busca de mejores oportunidades laborales o por desplazamiento forzado llegan con sus hijos, muchos de ellos en edad escolar; estos niños suelen recibir hostigamiento por sus costumbres distintas, sus rasgos físicos o simplemente porque para quien busca acosar toda diferencia es pretexto para ejercer violencia. Al ingresar a la escuela, se ven expuestos a nuevas fuentes de estrés derivadas de las inhabilidades de la sociedad chilena para aceptar con naturalidad al extranjero. Un informe de UNICEF señala que más del 50% de los niños chilenos considera “inferior” a ciertos extranjeros, siendo mayoritariamente afectados aquellos provenientes de países limítrofes con los cuales han existido conflictos armados o amenazas de conflictos (Perú, Argentina, Bolivia).

Respecto a los niños adoptados, un estudio del SENAME y Fundación Chilena de la Adopción mostró que el 36% de los adolescentes hijos adoptivos señaló haber sufrido hostigamiento en la escuela de parte de familiares y/o en el barrio por su condición. Aún estando conscientes del cambio de paradigma en relación a la adopción, que favorece que los niños no biológicos reciban tempranamente toda la información pertinente relativa a su origen, las familias todavía hoy optan por ocultar a la comunidad escolar y al barrio dicho origen para evitar la discriminación. Sin embargo, a la hora de los rumores y las noticias generadoras de “sensación”, el mundo es un pañuelo y los niños, profesores y apoderados no tardan en enterarse. Es el primer paso para una discriminación que, por desgracia, no provendrá solo de los chicos.

Dos millones ochocientos 40 mil chilenos presentan alguna discapacidad, sea intelectual, física, psíquica, motora o sensorial. Sin duda alguna que ser niño y tener alguna discapacidad le tornan muy vulnerable a experimentar violencia en forma de discriminación y de exclusión, las que comienzan a ser vividas en forma muy temprana y en todos los ámbitos donde se desarrolla su vida.

La violencia ejercida sobre un niño discapacitado es doblemente dañina, por cuanto todo niño con alguna discapacidad sufre estrés crónico derivado de dicha discapacidad y sus efectos sobre la vida cotidiana. Las limitaciones físicas para desplazarse y/o expresarse verbalmente; el uso de prótesis; las intervenciones quirúrgicas correctivas para incrementar la funcionalidad; la presencia de anomalías físicas notorias; las dificultades de aprendizaje, la exigencia por parte de la familia para realizar actividades que suelen sobrepasar sus recursos, etc. etc., son una fuerte sobrecarga de estrés, la cual cae sobre un organismo muy frágil. Muchos niños con discapacidad de alguna índole sobreviven día a día a través de echar mano a sus precarias defensas contra el desmoronamiento, pero el costo es muy elevado. Si a este conjunto de factores de estrés se suma la violencia del rechazo, del hostigamiento y/o de la exclusión, el quiebre depresivo es inminente. Por desgracia, los chicos con discapacidad mental, intelectual, física, motora o sensorial suelen presentar quiebres emocionales atípicos, tanto en la línea de la ansiedad como en las formas depresivas; por lo general ambas adoptan expresiones corporales, inmunitarias y/u hormonales, cuya sintomatología está tan distante de lo que el común de las personas considera un compromiso emocional, que no es infrecuente que, una vez abordado el problema "médico", el chico sea dejado a su suerte, sin que nadie se preocupe de las probables causas ambientales que han favorecido o precipitado dicha enfermedad.

EL MUNDO ADULTO HA BANALIZADO EL SUFRIMIENTO Y LA INJUSTICIA SOCIAL.

Muchos niños crecen en hogares donde los adultos se muestran indiferentes al dolor de otros, mofándose, emitiendo juicios despectivos e incluso teniendo conductas impulsivas que dañan de manera profunda a esos otros y justificando sus opiniones y comportamientos. Los adultos somos modelos de nuestros hijos, quienes nos miran actuar y nos imitan, y también los educamos a través de un modelamiento intencionado, que busca conseguir un objetivo. La insensibilidad al sufrimiento de los otros desconcierta inicialmente a los niños pero, más temprano que tarde, se tornan igualmente insensibles, pierden la capacidad de conmoverse y de cuantificar el peso de sus dichos y acciones, justificándolas o siendo incapaces de detenerse a evaluarlas. Tarde o temprano encuentran a otros niños que son sus "consentidores", vale decir, aplauden su conducta y de ese modo la validan, contaminando su carencia de compasión con la embriaguez de ser ensalzados y admirados. Las redes sociales también se transforman en cómplices, porque favorecen el anonimato, empobrecen la capacidad de juicio y congelan la empatía y la compasión.

Identificar estos factores personales y sociales facilita actuar para buscar esa salida que alivie y repare a quienes sufren hostigamiento en las aulas.

Para leer acerca del tema:

EL ESTRÉS EN NIÑOS Y ADOLESCENTES" A. Céspedes Ediciones B Santiago de Chile, 2010.

VIOLENCIA ESCOLAR Y BULLYING EN CHILE. «Whole School Approach» para prevenir la violencia escolar. Jorge Varela, en: Bullying Opiniones Reunidas 2013, Observatorio sobre la Violencia y Convivencia en la Escuela Perú.

"HISTORIAS QUE SANAN" Descarga gratuita www.flich.org

https://eduglobal.cl/bullying-un-problema-que-nos-compete-a-todos/

https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0370-41062020000300432

https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/33123/1/BCN__marco_legal_convivencia_escolar_Chile__Final.pdf